

## ***El tronco, la rama y sus retoños: Ansiedades de la influencia en La ciudad letrada***

Antonio Isea  
Western Michigan University

### **Resumen**

La figura del letrado en el proceso de constitución nacional de los países latinoamericanos y aun en la colonia ha sido constantemente puesta en tela de juicio por escritores como José Martí, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, etc. Sin embargo, puede decirse que es en *La ciudad letrada*, texto canónico de Ángel Rama, donde la letrado-fobia alcanza su colofón. Ahora bien, nuestro interés descansa precisamente en la manera como este pensamiento se conforma en la precitada obra de Rama y, aún más, tomando en cuenta la relevancia que tiene este autor en los estudios culturales hispanoamericanos posteriores, cómo se extiende este pensamiento a esos autores que parten de *La ciudad letrada* para criticar la figura del hombre de letras y su relación con el poder en todo el hemisferio.

**Palabras clave:** Letrado, grafofobia, letrado-fobia, escritura, poder.

### **Abstract**

The figure of the lettered person in the constitution of Latin American nations and even during colonization has been constantly questioned by writers such as José Martí, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, etc. However, it can be said that is in *La ciudad letrada*, Angel Rama's canonical work, where this literate-phobia reaches its end. Our interest lies precisely on how this thought takes shape in Rama's above mentioned work. Furthermore, taking into account the author's relevance in subsequent Hispano-American cultural studies, we are interested in how this thought reaches those same authors that, from *La ciudad letrada*, criticize the figure of the lettered person and his/her relationship with power in the hemisphere.

**Key words:** Lettered person; graph phobia; literate-phobia; writing; power.

José Martí en *Nuestra América*, obra que podríamos tildar como una suerte de texto-ur de los estudios culturales hispanoamericanos, dictamina allí su impronta anti-sarmientina en múltiples modos. Una de estas modalidades tiene como centro de reflexión el pathos letrado latinoamericano: “Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales...No hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (89).

Ya en pleno siglo XX y en el capítulo titulado “Problemas de hoy”, de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, don Pedro Henríquez Ureña observa:

los grupos ilustrados ...fueron los encargados de encaminar la civilización, con su esfuerzo y con su ejemplo, aun cuando se mostrasen ciegos a los males que acarreaban a la sociedad con su conducta para con los grupos subyugados (189).

Eco del pronunciamiento de Henríquez Ureña se encuentra en el Mariano Picón Salas de *De la conquista a la independencia*, obra por cierto prologada por el maestro dominicano. Allí Picón Salas, en un cuarto capítulo titulado “De lo europeo a lo mestizo. Las primeras formas de la transculturación” apunta al gesto aislado, elitesco e inoperante del letrado latinoamericano:

Lo puramente europeo de esa cultura en el primer siglo de vida colonial se advierte en aquellas creaciones y géneros literarios y artísticos que pueden interesar a la minoría dominadora y que por su naturaleza misma son los más alejados e incomprensibles del pueblo y no sirven para la obra misionera (69).

El avatar del letrado, núcleo temático del *tour de force* escriturario de Angel Rama, *La ciudad letrada*, ha ocupado, sin dudas, un lugar central en el archivo de la reflexividad hispanoamericana. Incluso en las letras brasileñas, Antonio Candido, en un ensayo

publicado de 1970 titulado “Literatura y subdesarrollo”, prosigue con esa tendencia que Aníbal González Pérez, en su más reciente trabajo titulado *Killer books*, ha llamado la grafofobia. Candido al reflexionar en torno al discurso poético de mediados del siglo XIX en el imperio portugués sostiene que:

esos intelectuales constituyeron una vision igualmente deformada en cuanto a su posición ante la incultura dominante. Al lamentar la ignorancia del pueblo y desear que fuera superada a fin de que la patria se levantara hasta sus altos destinos, se excluían a ellos mismos del contexto y se consideraban un grupo aislado. (306).

Ya casi contemporáneo con Rama, José Luis Romero, en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), dispara dejos problematizantes. Para él los moradores de la ciudad letrada:

En las ciudades, los señores constituyeron una subsociedad... gente que llevaba un estilo de vida noble y gente que no lo llevaba, en la que los últimos arrastraban su miseria y los primeros ostentaban su distinción y arrogancia (*Las ciudades*, 73).

El tropo del letrado que se instala en *La ciudad letrada* de Rama es, sin duda, heredero de una suerte de grafofobia americana que tiene algunos de sus orígenes más preclaros no en Martí ni en Henríquez Ureña sino, acaso, en un Juan del Valle Caviedes y luego en Antonio Carrió de la Vandera y José Joaquín Fernández de Lizardi. En *Diente del Parnaso*, *El lazarillo de ciegos caminantes* y *El periquillo Sarniento* encontramos una discursividad satírica por excelencia en la cual se aprecia un ataque a la ciudad letrada y su moradores (abogados, clérigos y médicos).

Mas ese síndrome de la grafofobia que informa y conforma al protagonista del drama cultural que se teje en *La ciudad letrada* de

Rama se nutre también de un ramas intertextuales que provienen de un tronco metropolitano (Alonso, 288). Entre estas ramas del tronco metropolitano valdría citar a Julien Benda en *La traición de los intelectuales* (1927) y Max Weber en *Economía y sociedad*. Ambos, a su manera, ponderan sobre el rol protagónico que los intelectuales y burocratas han tenido en la patología politico-cultural de Occidente (Alonso, 288).

En la presente ponencia discutiré lo que podría llamarse la letradofobia que habita las páginas de *La ciudad letrada* e, igualmente, desplazaré mi atención sobre las consecuencias o los retoños de esta obra de Rama. Debo poner en primer plano que esta ponencia descansa, más que cómodamente, casi a lo Pierre Menard borgeseano, en otra ponencia. En 1993, el actual presidente de la Asociación de Lenguas Modernas de Norteamérica, Carlos Alonso, ofreció una ponencia titulada “Defining Nineteenth-Century Spanish American Studies” (Definiendo los estudios decimonónicos hispanoamericanos). Tal ponencia apareció publicada en 1994 en la *Revista de Estudios Hispánicos* bajo el título de “Rama y sus retoños: figuring the Nineteenth Century in Spanish America o hacia una comprensión de lo decimonónico en Hispanoamérica”.

Alonso en ese artículo comienza haciendo una evaluación de *La ciudad letrada* a través de la cual se pone en primer plano el abrumador e iluminador peso que ha tenido ese *tour de force* de los estudios culturales de lo que Martí llamó Nuestra América. Entre los muchos puntos de iluminación que se derivan de *La ciudad letrada*, sugiere Alonso, se encuentra la novedad de poner, hasta cierto punto, la historia cultural de Hispanoamérica más allá del bien y el mal al colapsar e hibridizar esas dos categorías morales dentro de la rúbrica del letrado. En la ciudad no hay héroes, sólo letrados. Estos últimos están irremediabilmente estigmatizados por su relación con la palabra escrita. En el capítulo de *La ciudad letrada* que lleva por título “La

ciudad escrituraria” encuentro lexías que sustentan rotundamente la aseveración de Alonso según la cual se plantea la irremediable y simbiótica relación tóxico-contaminante de la escritura con el poder:

Todo intento por rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura, pasa obligadamente por ella. Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda libertad humana, porque solo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones de poder (“La ciudad escrituraria” en *La Crítica de la cultura en la América Latina*, 9).

Tal andamiaje representativo ha contribuido, claro está, a desmitificar a nuestro equipo de superhéroes históricos (Bolívar, Martí, Mariátegui). Incluso, me atrevo a decir, que la proliferación de lo que Seymour Menton ha llamado “nueva novela histórica latinoamericana” debe mucho a este gesto u operación desacralizadora que informa y conforma a *La ciudad letrada* de Rama. Pienso, por un lado, en la trilogía narrativa que Denzil Romero articula en torno a la figura de Francisco de Miranda. Me refiero a *La tragedia del generalísimo*, *Grand Tour* y *Para seguir el vagavagar* y, claro, está pienso en el Simón Bolívar de García Márquez en *El general en su laberinto*. No sería descabellado sugerir que la escritura es ese laberinto del cual desea salir Bolívar, para redimirse, en la página final del ejercicio narrativo de García Márquez.

En la continuación del provocativo gesto evaluativo que Alonso teje en torno a la obra de Rama debe destacarse lo que el crítico boricua llama “el desmantelamiento”, que se hace, desde *La ciudad letrada*, a las teorías de dependencia cultural que han ejercido influencia en los estudios culturales latinoamericanos. El letrado latinoamericano que protagoniza la diégesis del texto de Rama, sugiere Alonso, lleva a cabo una tarea escrituraria que es respuesta directa a su propia supervivencia, mantener intactas sus

prerrogativas como cómplice del poder, y, por lo tanto, su proyecto escriturario no es el mero calco de manifestaciones culturales metropolitanas (“Rama y sus retoños”, 287). Vale agregar que una producción cultural latinoamericana concebida como mera réplica de modelos metropolitanos es anatema no sólo en *La ciudad letrada* sino a toda la obra de Rama en general. Es de recordar que Rama revive en más de una forma el tropo de lo transcultural que don Fernando Ortiz acuña en 1940 en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*.

Si *La ciudad letrada* tiene en sus grandes logros el postular la inmanencia de la actividad del letrado y en sugerir que no hay héroes sino letrados que irremediabilmente se estigmatizan por su contacto con la escritura, pues, tales logros, señala Alonso, traen consigo grandes problemas. La creación de un villano eterno y autopropulsado, el letrado, como protagonista del drama cultural latinoamericano es lo que podría llamarse una de las consecuencias o retoños del Rama de *La ciudad letrada*. El esquema de Rama nos pone cara a cara con lo que podríamos denominar un callejón sin salida. Podría hablarse de una suerte de eterno laberinto vicioso en el cual nunca existirá Teseo sino un ubicuo y omnipotente Minotauro escriturario. Ya en los últimos párrafos de *La ciudad letrada* el sesgo pesimista se hace sentir rotundamente:

El testimonio crítico de Azuela [en *Los de abajo*] es más crítico del intelectual que del jefe revolucionario, introduciendo un paradigma que tendrá larga trascendencia... Esquema dilemático que otros, posteriormente, explicarán con igual criticismo del intelectual por las diferencias de clase, pero habida ya cuenta de que ésta es ya una posición intelectual (que confiere la certidumbre histórica a un estrato social) y que bajo otras formas (competencias e instituciones) podemos reencontrar el mismo esquema en distintas épocas y situaciones, podemos

inscribirlo en la tradicionalmente difícil conjugación de las dos espadas de los dos poderes del mundo (*La ciudad letrada*, 179).

Ahora bien, luego de mi más reciente lectura de *La ciudad letrada* y de ciertas miradas oblicuas al tono celebratorio y desolador que sobre el avatar del letrado hace Beatriz Sarlo en *La modernidad periférica*, no sé hasta que punto se me hacen válidas las propuestas de Alonso en torno al texto de Rama. Para Alonso el esquema de Rama ha creado lo que él llama “el efecto Rama” o, mejor dicho, los retoños de la Rama. Se trata de un laberinto, “otro” laberinto, del cual los estudiosos que se afilian a *La ciudad letrada*, en sus análisis de los fenómenos culturales latinoamericanos, no pueden salir. En 1994, al hablar del corpus de monografías y tesis que se han tejido en torno al rol del letrado desde la publicación de *La ciudad letrada*, Alonso apunta a la fórmula monográfica cuyo título se compone del nombre de un letrado y la creación del discurso fundacional en cualquier país de Nuestra América. En tal ejercicio el letrado puede ser José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, Rómulo Gallegos, José Enrique Rodó o Roberto Fernández Retamar e invariablemente, debido a la demonización de la escritura, vía su complicidad con el poder, el resultado final de tal trabajo es el desplazamiento del letrado de turno a una suerte de Hall of Fame del mal (misógeno, racista, clasista, positivista, neo-colonialista). La impronta del “efecto Rama” en el antedicho corpus ensayístico lo convierte en lo que, gracias a Borges, podríamos llamar una “Historia continental de la infamia”.

Como epílogo, a lo hasta ahora dicho, podríamos obviamente, comenzar a problematizar la lectura que Alonso hace de *La ciudad letrada*. Es decir, podríamos problematizar el llamado “efecto Rama” o, lo que para jugar con Harold Bloom y Milan Kundera, podríamos llamar, la intolerable levedad de las ansiosas influencias literarias.

Puedo comenzar diciendo que el pasarle factura a Rama por las más que apasionadas lecturas que se informan y conforman por el sesgo del *political correctness*, que impera en la academia estadounidense, es, en el mejor de los casos, un desvarío laborioso pero empobrecedor. Es más, si de culpar a alguien se trata vayamos, entonces, al tronco y no a la Rama. Revisemos, otra vez, a Henríquez Ureña, a Antonio Candido, a Julien Benda, a Max Weber. Repito si es que de eso, de ir al tronco, se trata.

Sin embargo, como abogado del diablo, habría que volver a citar a una Beatriz Sarlo que escribe desde una modernidad periférica; juego aquí con el título de su monografía sobre la modernidad en la Argentina, ya que ella también también termina enviando al letrado a una suerte de exilio que para algunos pudiese ser prematuro.

Ir más allá de *La ciudad letrada* y, por lo tanto, releer al protagonista de ese magno relato, el letrado, parece ser uno de los tantos tesoros que nos legó Ángel Rama (“Rama y sus retoños”, 291). A manera de conclusión, sugiero que tal relectura, también, consiste en considerar a *La ciudad letrada* como parte fundamental de nuestra literatura. Creo ajeno del saldo final de tal proyecto interpretativo, si la categoría de letrado es reduccionista o no, lo que sí importa de tal apuesta es que al asumirla llegamos a tomar muy en serio una de las sugerencias más audaces que llegó a formular Ángel Rama cuando irreverentemente afirmó (Y con esta, doblemente antiprotocolar cita concluyo mi ponencia):

Ocurre que si la crítica no constituye las obras, sí constituye la literatura, entendida como corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta (*La novela*, 15-16).